

El legado de Angelelli se hace carne en el campo comunitario Refugio Libertad

ADRIÁN CAMERANO

Cuando el obispo Enrique Angelelli guió a un grupo de campesinos riojanos para que recuperasen la abandonada finca Azzalini, en La Rioja, los poderosos de la zona respondieron con piedras, difamaciones e insultos. Los Menem y otros terratenientes locales hicieron del tema su cruzada, y la película de terror y odio tuvo final anunciado: persecuciones políticas y el crimen alevoso del religioso y varios de sus compañeros de lucha. A medio siglo de aquellos hechos y exactos 600 kilómetros, niñas y niños juegan alrededor de una capilla que lleva su nombre; enfrente, jóvenes con pasado y presente ligados al consumo problemático de sustancias intentan recuperarse de su adicción; y cerca pastan vacas marrones de apetecida corporalidad. En el Refugio Libertad, que funciona donde antaño desplegara su terror el Tercer Cuerpo de Ejército asesino del obispo de calva prominente, se hace carne cada día el legado de quien pasó a la historia por vivir “con un oído en el pueblo y otro en el Evangelio”.

“Hay vida donde hubo muerte” señalan una y otra vez desde Trabajado-

ras Unidas por la Tierra, la organización social que desde 2018 recupera parcialmente el ex Grupo de Artillería 141 José de la Quintana, con eje en Derechos Humanos, poder popular y soberanía digital y alimentaria. Ese proceso de recuperación material y simbólica lleva cinco años poniendo en relieve lo que se quiso y quiere ocultar: la historia de una guarnición que fue parte del terrorismo estatal, por un lado; por el otro, un inédito proceso de gestión comunitaria llevado adelante por vecinas y vecinos de los pueblos cercanos, en clave de comunidad rural organizada. Así, donde hubo cañones hay hoy animales; donde se planificaba la represión hoy se recuperan jóvenes; en el edificio destinado al esparcimiento de los oficiales funcionan una biblioteca, se dictan actividades de formación y culturales, y laten un secundario para adultos y un espacio para las infancias. Todo esto, sencillamente impensable poco tiempo atrás.

De la mano de unas cincuenta personas que a diario trabajan en el predio, el Refugio Libertad plantea para el lugar una nueva vida.

Correr el velo

Resulta increíble la invisibilidad que durante décadas cubrió a la guarnición de 880 hectáreas de propiedad estatal y cercana a Córdoba, Despeñaderos y Alta Gracia. Destinado desde la década del 50 para que muchachos de distintas provincias cumplan con el servicio militar obligatorio, el GA141 no sólo tuvo un rol activo como centro represivo durante la dictadura, sino que además participó en hechos muy importantes de la historia reciente argentina. Fue así como en 1969 la tropa fue movilizada para reprimir al Cordobazo; de 1975 a 1977 intervino en el Operativo Independencia, y en 1978 trasladados los conscriptos al norte y el sur del país, por el conflicto que pasó a la historia como “del canal de Beagle”. Ya en la década del 80 aportó armamento para la Guerra de Malvinas, tras la rendición del 14 de junio de 1982 fue utilizado para esconder por algunas semanas a soldados que volvieron de las islas y años después cumplió allí “prisión” en el aristocrático Casino de Oficiales el genocida Luciano Benjamín Menéndez, enjuiciado por delitos de lesa humanidad.

El derrotero tendría dos hitos en los 90; el crimen del soldado Carrasco devino en la derogación del servicio militar obligatorio y el consecuente traslado y cierre de la guarnición, y poco después se almacenaron en el predio los proyectiles recolectados en Río Tercero, tras el atentado a esa ciudad.

A partir de esa época y hasta 2018, el predio dependiente de Fabricaciones Militares fue víctima del abandono y el saqueo, pese a contar con guardias civiles y militares; así, en los dos barrios existentes y en otros de los edificios abandonados las aberturas fueron arrancadas, los sanitarios hurtados, los pisos de pinotea levantados y desmontados los techos, todo lo cual configuraba una escena lamentable.

Recuperar la tierra, recuperar la Memoria

A partir de 2018, organizaciones sociales tramitaron y lograron un permiso de uso ante la Agencia de Administración de Bienes del Estado. Inicialmente destinada a la agricultura, esa venia oficial se amplió al uso de espacios comunes y la recuperación material no sólo de galpones y alambradas, sino también de construcciones históricas en las que el Estado invirtió millones de pesos pero que quedó a merced del descuido y el consiguiente saqueo hormiga. Con la fuerza de la organización y el trabajo se recuperaron edificios, se desplegaron redes de servicios y fueron refuncionalizadas para la vida digna construcciones de pasado ligado a la destrucción y la muerte. En simultáneo se desarrolló un intenso trabajo de recuperación simbólica, porque si algo caracterizaba al lugar era el manto de silencio que cubrió su historia y especialmente lo relacionado con el rol que le cupo durante la última dictadura cí-

Primera sesión conmemorativa en el Día nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, que el 17 de marzo pasado se realizó en San José de la Quintana, Córdoba.



vico-eclesiástica-militar. Un rol ninguneado, a veces, hasta por comprometidos militantes de Derechos Humanos.

Testimonios de ex conscriptos, ex presos políticos y suboficiales retirados y ex empleados civiles del lugar dan

cuenta de la existencia de al menos tres lugares de detención ilegal: la Enfermería, donde se hacinaron unas cien personas; los calabozos de la guardia principal y los galpones de automotores ubicados en el sector de manteni-

miento. “Recuerdo haber visto a mis compañeros de militancia Jorge Amado, Luis Primo González, Enrique Chiatti, Natalio de Nápoli, entre otros cuyos nombres no recuerdo. Cuando llegamos al cuartel, a algunos los bajaron en la guardia, a otros en las oficinas y a otros en los galpones del fondo” relató a este cronista Ramón Gamero, referente de la Juventud Peronista de Alta Gracia en aquella época, fallecido en 2022. En La Quintana cuenta Ramón que “me tenían enceguecido, sufrí vejaciones y fui humillado. Después me largaron por una gestión del padre Domingo Viera, que era conocido de la familia. Un militar dispuso que me podía ir, era de noche, salí del cuartel y me vine caminando por los campos con mucho miedo, hambre y sed, hasta mi casa”. Otro testimonio clave es el de Guillermo Caminos, ex conscripto que en abril de 1976 presenció fusilamientos en los fondos del predio, cerca de la vieja Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos. “A las dos de la madrugada, el suboficial que estaba con nosotros recibió una llamada por teléfono en la que le avisaban que subía gente hacia esa zona. Pudimos ver los faros de los dos camiones que se desviaron hacia El Polígono y luego un grupo de personas que se ubicaba delante del foso. Vimos las siluetas y las armas y que se trataba de oficiales, por las vestimentas, eran entre siete y diez. Allí vino el suboficial y nos dijo que era peligroso que nos quedáramos

allí. Retrocedimos y fue entonces cuando se escucharon las ráfagas de FAL; eran sonidos que reconocíamos muy bien. Mientras volvíamos al puesto escuchamos tiros separados y sueltos, como de armas nueve milímetros. Ahí conté diez disparos”, declaró en sede judicial. Carlos Vera, otro ex colimba, contó que en la Enfermería “había dos espacios chicos, en los que estaban tirados los compañeros; enseguida me di cuenta de que eran detenidos ilegales”. “Eran unos quince o veinte, sin vendas, que no hablaban entre sí; a los días el cabo primero López, a mí y a otro soldado nos dicen que habían sido fusilados, y muchos apuñalados”.

Estos testimonios y otros alimentan varias causas judiciales del fuero federal, que llevan muchos años de instrucción. En ese marco el Equipo Argentino de Antropología Forense realizó algunas búsquedas, por ahora sin éxito. Los testimonios, múltiples, son de personas que no se conocen entre sí. El abogado altagraciense Pepe Tissera afirma haber estado secuestrado en ese lugar, aunque aún se le dificulta precisar exactamente dónde; misma situación que Margarita Zeniquel, cautiva en el ex GA 141 junto a su bebé recién nacido, y luego liberada.

Hoy su nombre distingue a la biblioteca popular con tres mil volúmenes que Trabajadoras Unidas por la Tierra montó en el lugar.

Una nueva vida, otro futuro posible

Resulta exhaustivo listar las unidades productivas, los eventos culturales, los encuentros de la economía popular y en definitiva los hitos que marcan esta nueva etapa del predio. Sí vale destacar el encuentro “Semilla y Memoria”, la primera actividad masiva en el lugar, el 24 de marzo de 2019; la señalización popular de la Enfermería junto a Nora Cortiñas, el 10 de marzo de 2020; el encuentro provincial de la Mesa de Trabajo por los Derechos Humanos de Córdoba, en diciembre de 2021; la señalización oficial del predio por parte de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, el 2 de julio de 2023; y más recientemente, el festival Memoria Raíz, a fines del año pasado, y el concierto que el gran Juan Falú brindó este verano, en una noche cálida y de cielo estrellado.

En esa línea se inscribe la sesión conmemorativa que el 17 de marzo pasado realizó en uno de los ex galpones de conscriptos, la Legislatura provincial. Fue un verdadero hito para la zona, con casi 70 parlamentarios de todos los colores políticos reafirmando el Nunca Más a escasos metros de donde hubo detenciones ilegales y tortura planificada, aprobando además por abrumadora mayoría la ley de capacitación obligatoria en Derechos Humanos para todos los empleados del Estado. Esa jornada inolvidable tuvo también un merecido reconocimiento al director de este medio, Luis Baro-

netto, una vida entera dedicada a la Memoria, la Verdad y la Justicia. Una consigna que no ancla en el pasado, sino que interpela al presente y plantea desafíos de cara al futuro. Los Derechos Humanos hoy se hacen patentes en este campo comunitario, donde hay quien cría vacas, quien alimenta pollos, compañeras que recuperan residuos, educadores populares, artistas, docentes, profesionales poniendo sus saberes al servicio de un proyecto de emancipación colectiva.

En el Refugio no se para: cada semana hay una actividad, una articulación, un derecho ganado. De la misma manera, a modo de acción-reacción, no faltaron los ataques. Como aquellas piedras que recibió Angelelli, esta experiencia debió atravesar dos incendios intencionales, un allanamiento de inusitado despliegue policial, ataques verbales y digitales, prácticas destructivas del Ejército en los fondos del predio y atentados contra el portón de ingreso, además del corte de alambradas y el robo de animales.

Lo que no mata fortalece, y en este contexto tan hostil, sigue latiendo un proceso de organización comunitaria protagonizado por quienes el sistema dejó de lado. En el Refugio Libertad se aprende que hay otro futuro posible, y que hay que construirlo con otros, usando nuestras propias manos.